

RECORDAR EN PALABRAS: LA CONSTRUCCIÓN DEL DISCURSO DE PERÍODOS DE VIOLENCIA POLÍTICA

*Remembering in words: discourse elaboration of
political violence periods*

ROSELA MILLONES CABRERA

RESUMEN

El presente artículo explora la manera como se elabora el recuerdo de experiencias traumáticas relacionadas a periodos de violencia política. Se enfoca de manera específica en dos ejes temáticos: la narrativa del recuerdo y el lugar del otro con el que se recuerda. Para hacerlo, analiza el caso de una mujer ayacuchana damnificada del conflicto armado interno a la luz de conceptos de la teoría psicoanalítica relacionados con la elaboración del discurso. De esta manera, se propone que el acceso a la palabra es un primer paso necesario, pero no definitivo para la construcción de la memoria.

Palabras clave: recuerdo / elaboración / memoria / psicoanálisis / violencia política

ABSTRACT

This paper explores the process of elaboration of memories originated by traumatic experiences related to political violence settings. There are two main variables in which it focuses: the narrative memory and the listener of that narrative. To conduct this study, the author analyzes the case of a woman from Ayacucho who was victim of the armed conflict under psychoanalytic theory associated with the construction of discourse. Keeping this in mind, the paper suggests that being able to verbalize the experience is a necessary first step but not a definitive one to the process of memory construction.

Keywords: remembrance / working through / memory / psychoanalysis / political violence

INTRODUCCIÓN

El año 2008 conocí a Felícita¹. Yo había llegado a Ayacucho unas semanas atrás para trabajar en el área de salud mental de una ONG que atendía a damnificados del conflicto armado interno. Ese era mi primer viaje a Llusita, comunidad de las profundidades ayacuchanas golpeada por la violencia política de los años 80 y 90.

No fue el traje cargado de coloridas polleras lo que más me llamó la atención de esta anciana de 75 años. Tampoco la blusa blanca opacada por la tierra del pueblo. Ni el sombrero marrón cargado de flores rosadas que abundaban en la zona. Podría haber sido su nombre que, acompañado por uno de sus apellidos (Alegría) marcaban un gran contraste con su rostro añejo y apesadumbrado que reflejaba el dolor de lo vivido en esos años: torturas, un hijo asesinado cuando niño, un pueblo saqueado. Fue lo que me dijo, apenas me conoció y en cuanto supo que era psicóloga, lo que quedó resonando en mi memoria: «Ay señorita –escuché, en un quechua pausado y suplicante– ¿no tendrá pastillas para olvidar?»

Desde mi formación como psicóloga entendía que el olvido de situaciones traumáticas no existe como tal. Sin embargo, descubría ahora lo doloroso que podía resultar, para los sobrevivientes, experimentar el recuerdo como un

continuo presente. Fue así que surgió mi interés por investigar acerca del recuerdo. Quería entender de qué manera se debía dar la elaboración de lo vivido, de modo que el recuerdo fuera algo que construyera futuro, no que obstaculizara el presente. Necesitaba darle una respuesta a Felícita, explicarle por qué no tenía pastillas que ofrecerle.

En el presente artículo se presenta una parte de este recorrido de investigación en torno a la elaboración del recuerdo y a la construcción de la memoria en situaciones de violencia política. Nos centraremos en esta ocasión en el discurso de quien recuerda, así como en la posición que le otorga a la persona que sirve de interlocutor en este proceso de recordar. Para hacerlo, presentaremos el caso de Tarcila, mujer ayacuchana que sufrió el asesinato de su abuela y tíos maternos y la desaparición de sus cuerpos.

Para recoger la información necesaria para el análisis y reflexión, viajamos a Ayacucho y acompañamos a Tarcila durante una semana en su cotidianeidad y nos dispusimos a captar los datos que se nos fueron presentando, también realizamos entrevistas a profundidad para obtener suficiente información para ser sometida al análisis.

Los medios usados fueron principalmente dos: entrevistas y observaciones. En un segundo momento, la información obtenida fue analizada a la luz de conceptos de la teoría psicoanalítica. Muchas veces se ha exigido al

¹ Los nombres que aparecen en este artículo (Felícita, Alegría, Tarcila) han sido modificados para respetar la confidencialidad.

psicoanálisis salir del consultorio, conectarse con la realidad nacional y buscar una aplicación a un nivel social.² Es un reclamo justo. No se puede ser psicoanalista en un país violento, o en uno que haya atravesado por una etapa de violencia como la vivida por el Perú, sin experimentar las consecuencias de esta incluso dentro del espacio protegido del consultorio (Lemlij, 1992). Por otro lado, el ámbito de estudio del psicoanálisis tiene mucho que aportar desde la comprensión de los procesos de la elaboración simbólica, la tramitación del recuerdo y la (re)construcción de la memoria.

De esta manera, buscamos describir y comprender, a la luz de la teoría psicoanalítica, los procesos psíquicos involucrados en la elaboración del recuerdo y la construcción de una memoria en situaciones de violencia política. Los ejes temáticos en análisis serán dos:

1.- La construcción del discurso y la narrativa del recuerdo.

Se analiza la manera como Tarcila recurre al recuerdo desde la palabra, nos centramos tanto en el análisis mismo del discurso como de la carga afectiva que acompaña esta evocación. Consideramos que este aspecto es importante especialmente si pensamos en lo privilegiado que ha sido hasta ahora el espacio del discurso

2 Algunos esfuerzos por conectar el psicoanálisis con el período del conflicto armado interno pueden encontrarse en investigaciones realizadas por egresados de la maestría de Estudios Teóricos en Psicoanálisis de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Ver: Losada (2007), Herrera (2010), Vigil (2010), Pastor (2014).

verbal del recuerdo –testimonios, audiencias públicas, Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR)– en torno al conflicto armado interno del Perú. Por eso la importancia de explorar los mecanismos que se encuentran detrás del uso de la palabra como instrumento del recuerdo.

2.- El lugar del otro con el que se recuerda.

Del mismo modo, analizaremos la posición que Tarcila otorgaba a la investigadora como interlocutora. En este punto cobraron un énfasis especial los aspectos transferenciales y contratransferenciales. Este análisis nos dio luces acerca de sus distintos niveles de elaboración de la experiencia.

Antes de presentar el caso de Tarcila, haremos una pequeña revisión teórica que permitirá aclarar algunos conceptos que serán usados luego en el análisis del caso.

CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA

Una de las características con las que se ha identificado a los regímenes totalitarios es la supresión de la memoria de los pueblos a los que gobiernan. Se busca eliminar o modificar hechos del pasado de la memoria colectiva histórica para así poder manipular a su conveniencia a los pueblos (Todorov, 1995). Esto se da desde la antigüedad, en el caso del Perú basta recordar la destrucción de documentos y monumentos, la modificación y hasta eliminación de las fiestas ancestrales que tuvieron lugar al inicio de la colonia, conocidos como

extirpación de idolatrías (Velandía, 2018). Con estas acciones, los regímenes totalitarios buscan ejercer un control general sobre la información que se maneja.

Una vez liberados de la opresión de los regímenes totalitarios, los pueblos que retornan a la democracia buscan el restablecimiento de las experiencias, de las vivencias, a manera de reivindicación de la verdad ocultada en los tiempos de opresión. Sin embargo, en algunos casos lo que se da es una sobrevaloración de la memoria, la imposición del recuerdo. La situación de la memoria no es necesariamente opuesta en muchos gobiernos democráticos ya que, en estos casos, la sobreabundancia de información puede actuar de manera similar, obstaculizando la posibilidad de procesarla de manera adecuada, impidiendo su inscripción en la memoria colectiva (Todorov, 1995).

Pouligny (2004) define la memoria como el conjunto de funciones psíquicas que permiten que el pasado sea representado como pasado. El problema en la construcción de la memoria radica en esta imposibilidad de dar el paso siguiente. En estos casos, el pasado no pasa, continúa siendo un constante presente; los sucesos traumáticos son continuamente revividos en el presente debido a la no elaboración de los recuerdos, sino a su presencia viva en la psique y el cuerpo de quienes los experimentaron. Así, no se recuerda lo que se vivió, se continúa viviendo como si no hubiera dejado de pasar.

El pasado inscrito en la memoria solo tiene sentido si es que está puesto al servicio del presente y nos sirve para la construcción constante de un futuro, de otra manera podemos caer en un rescate casi maníaco de la memoria, recordar para no olvidar. El culto a la memoria que se vive en la actualidad puede llegar a ser contraproducente si es que nos aparta del presente y nos paraliza para el futuro (Todorov, 1995). En palabras de Jacques Le Goff: «La memoria intenta preservar el pasado solo para que le sea útil al presente y a los tiempos venideros. Procuremos que la memoria colectiva sirva para la liberación de los hombres y no para su sometimiento» (Todorov, 1995).

La elaboración de la memoria es posible no solo gracias a la subsistencia de los recuerdos, sino también a la acción del olvido. Así, recuerdo y olvido son dos caras de la misma moneda sin las cuales no se podría construir una memoria saludable a nivel individual y colectivo. Todorov (1995) señala que todo recuerdo atraviesa un proceso de selección para acceder a la memoria. De no ser así, la memoria del ser humano sería similar a la de las computadoras, en las que la información se almacena tal cual es recogida. En nuestro caso es necesario que seleccionemos (de manera consciente y/o inconsciente) aquello que va a ser inscrito en nuestra memoria. Si bien es cierto que en algunos casos se olvida aquellos detalles menos importantes, en otros se olvida aquello que puede resultar especialmente doloroso y más difícil de procesar.

Por otro lado, debemos recordar que la población misma se debate entre un derecho al olvido y un deber de la memoria. En el caso peruano, Ramírez (2017) cuestiona el mandato de «hacer memoria» con respecto al contexto del conflicto armado interno. Esta ambivalencia entre el recuerdo y el olvido está regida por una doble exigencia a la que está expuesta la nación. Por un lado, se encuentra la necesidad de evitar el retorno de la violencia ligada a la resurrección de la memoria y, por otro, la exigencia de no borrar simplemente el pasado y honrar la memoria de las víctimas (Santuc, 2009). El acceso a la «verdad» no es, entonces, un proceso simple. Esto no solo por los obstáculos que puedan poner las partes interesadas en mantener ocultos o tergiversados algunos aspectos de los sucesos y también el develamiento de los hechos puede generar sentimientos ambivalentes en la misma población.

Vemos, así, que la construcción de la memoria es un proceso complejo del cual el acceso al recuerdo es solo un aspecto. Todorov habla de tres fases de este proceso: el establecimiento de los hechos, la (re)construcción de sentido y la puesta en servicio de la memoria (Cohaila, 2007). En este proceso, el develamiento de la verdad es el primer paso hacia la tramitación adecuada del recuerdo significada en una puesta en servicio de la memoria. Pero, para que esto se dé, es necesario otorgarle un nuevo sentido a la experiencia, más allá del recuerdo mismo. Se trata del paso del recuerdo concreto a la elaboración simbólica.

El punto clave de este proceso radica en el paso intermedio, en la representación de lo vivido, ya que recién en la resignificación de la experiencia estaría la posibilidad de la construcción de una memoria que aporte a nuestra historia personal (Vich, 2008).

APORTES PSICOANALÍTICOS

La noción de duelo fue abordada por Freud extensamente en su artículo *Duelo y melancolía* (1915). En este texto define el duelo como la reacción a la pérdida de un ser amado o de una «abstracción equivalente». Entendemos, entonces, que pueden existir duelos con respecto a pérdidas humanas, así como a nociones abstractas (por ejemplo, la libertad). El trabajo de duelo, la elaboración de la pérdida implica, un desligazón del objeto, ante la prueba de realidad de que este ya no existe más de la manera como se le conocía. Si vincularse con un objeto implica cargarlo de afecto, desvincularse de él implica retraer ese afecto con el que inicialmente fue investido. Así, el proceso de duelo implica ir liberando tanto al objeto perdido, como a todo aquello relacionado con este, del afecto que inicialmente lo acompañaba.

Sin embargo, no todos los procesos de duelo se recorren de la misma manera. El contexto y las características de la pérdida son importantes para determinar el tipo de duelo y de trabajo de este que se llevará a cabo. Díaz (2003) revisa las particularidades del duelo en los casos de desaparición forzada y los efectos

que generan en las personas. Señala que, en estos casos, la prueba de realidad requerida para testificar que el objeto perdido ha muerto no existe, la ausencia del cadáver o de elementos que confronten al sujeto con la pérdida real impide que este se enfrente a la certeza de la muerte. Esto genera un «vacío de saber» que provoca una constante búsqueda de respuestas, quedando envuelto el doliente en «el enigma que recubre la verdad».

Esta ausencia de pruebas permite (a nivel consciente o inconsciente) mantener la esperanza viva del retorno, por lo que el objeto no termina de ser desvinculado del afecto que lo acompaña, bajo la posibilidad de que no haya muerto realmente y que pueda regresar para seguir siendo parte de la vida de quien lo echa de menos. Por otro lado, la inexistencia del cadáver imposibilita el paso por rituales funerarios que permitan simbolizar la pérdida. En estos casos, la elaboración del duelo queda trunca.

Las situaciones traumáticas, como aquellas que experimentaron los damnificados del período del conflicto armado interno, no se olvidan. Desde el psicoanálisis, se plantea que este tipo de experiencias que, por su carga traumática no pueden ser procesadas, son apartadas de la conciencia y se inscriben en el inconsciente (Freud, 1896). De esta manera, a pesar de que aparentemente han sido sometidas al olvido, en realidad, han sido trasladadas al inconsciente, manteniéndose impresas en el

cuerpo y la mente de la persona con una carga afectiva específica.

Estos elementos se revelan de distintas maneras, en algunos casos bajo la forma de síntomas físicos, como malestares corporales o enfermedades, en otros casos a través de los sueños o actos fallidos. También es posible que aquello traumático que no ha podido ser elaborado no se recuerde con palabras, sino que sea llevado al acto, en la repetición de lo vivido (Freud, 1914).

Mientras que el punto anterior explica de qué manera las situaciones traumáticas vividas en el pasado ejercen un poder en el presente, podemos plantear un segundo modo en que ambos, trauma pasado y recuerdo presente, se relacionan. Para empezar, debemos plantear que no necesariamente existe una relación lineal entre los dos, es decir, no siempre es el trauma el que antecede al recuerdo. Es posible, también, que un hecho del pasado, que inicialmente no tuviera una carga traumática, cobre una nueva significación en un segundo momento posterior al de su primera inscripción. Entonces, las situaciones del pasado adquieren una dimensión de trauma en función a experiencias posteriores a ellas que las resignifican (Freud, 1896).³

Este sería el caso, como veremos más adelante, de Tarcila, quien, en su infancia temprana,

3 Esto es a lo que Freud designa como *Nachträglichkeit* en Estudios sobre la Histeria (Freud, 1896).

fue entregada por su madre para ser criada por su abuela, hecho que inicialmente no fue vivido de manera traumática, pero que adquiere una dimensión de trauma cuando, ya en su adolescencia, la abuela, ahora figura materna, sufre una desaparición forzada. La pérdida de la abuela es un hecho traumático que, a su vez, resignifica el alejamiento de la madre biológica otorgándole, a posteriori, una dimensión traumática.

De esta manera, se plantea que el futuro es capaz de resignificar un evento del pasado designándolo como causa de un funcionamiento psíquico. En este sentido, debemos pensar que, quienes han vivido situaciones traumáticas como las de la violencia política, no solo cuentan con este evento como generador de trauma, sino que este, a su vez, se asocia a los traumas previos, los resignifica, lo que potencia su acción nociva. La recuperación de este tipo de situaciones, entonces, se complejiza.

Esta condición de lo traumático también podría implicar una manera distinta de abordar la cura, entendida como la resolución del trauma. Cabral (2004) señala que, si es la segunda escena la que provee a la primera de su cualidad de trauma, entonces el trauma no tiene una condición de inmanencia, es decir, lo traumático no es inherente a la experiencia, sino que es una cualidad adquirida posteriormente. Por lo tanto, es posible desmontar las significaciones traumáticas del evento inicial para poder resolverlo.

De esta forma, se resuelve la pregunta que muchos suelen plantear acerca del sentido que tiene hablar del pasado si se trata de hechos que no pueden modificarse. En la medida que el hecho que generó el trauma no es traumático en sí mismo sino en la significación a posteriori que se hace de lo vivido, para resolverlo no sería necesario alterar el pasado sino modificar la manera como se le juzga y la significación que se le otorga en el proceso de construcción de la memoria (Cabral, 2004).

En contraposición a quienes sugieren que la mejor manera de avanzar es dejar de lado el recuerdo de lo traumático vivido, sobre todo si, aparentemente, ya no se puede hacer nada por cambiarlo, acá se plantea que sí existen maneras de *cambiar el pasado*. Por supuesto no hablamos de una transformación real y concreta, sino de una transformación simbólica (acaso tan importante como la anterior). La resignificación de lo vivido puede permitirnos incorporarlo de modo que deje de ser un elemento disruptivo para ser uno que construya y que nos permita orientarnos hacia el futuro sin negar el pasado, sino, más bien, apropiándonos de este.

Autores como Spence (1984) han puesto énfasis en el peso de la realidad psíquica sobre la histórica. El peso está puesto en la narración de las experiencias en el presente, discurso que, para ser elaborado, lo que hace es resignificar las experiencias pasadas, adquiriendo un sentido coherente y estructurado para quien lo narra. Aulagnier (2003) señala que es el *yo historiador*

quien se encarga del trabajo psíquico de crear una historia, una *narrativa de lo vivido*, buscando llenar los vacíos que dejan los elementos reprimidos de la conciencia, de modo que se pueda armar un discurso (re)significado, una versión coherente y con sentido interno. La tarea de este yo historiador está en constante lucha con los esfuerzos del *maestro brujo* que busca interrumpir y frenar esta narrativa.

La posibilidad de elaborar una narrativa discursiva de las experiencias vividas se presenta como necesaria para facilitar la resolución del trauma, siempre y cuando se entienda esta elaboración como una realización de la historia, más que como una mera reconstrucción estática de los hechos (recuento de las situaciones vivenciadas). Para esto, el discurso debe ser elaborado de manera que tenga una coherencia completa y que esté lleno de significado que haga sentido a quien lo vivió.

En este proceso, la figura del analista es la de un otro que se presta al paciente como interlocutor para construir juntos la historia. En esta dinámica intersubjetiva, el sujeto logra despegar la mirada sobre sí mismo, permitiendo incorporar a otro en la elaboración de sus vivencias. Como diría Connerton: «Recordar, entonces, no es precisamente recuperar eventos de manera aislada, sino que es llegar a ser capaz de formar secuencias narrativas significativas» (2003).⁴

4 Traducción realizada por la autora de la investigación.

LA HISTORIA DE TARCILA

Yo siempre tenía la esperanza de encontrar sus restos.

Tarcila nació en una comunidad campesina de Ayacucho. Ahí se crió con su abuela materna, a quien llamaba «mamá», su madre biológica vivía y trabajaba en la ciudad, así que la dejó a cargo de la abuela desde pequeña. En su pueblo la vida era tranquila y feliz, pero las cosas cambiaron cuando empezaron los primeros levantamientos subversivos en la zona. Tarcila tenía 17 años y percibía la intranquilidad y el temor de la gente del pueblo.

Una mañana, mientras recorría un camino, fue interceptada por un grupo de casi 60 encapuchados que le dijeron que sabían quién era y que habían escuchado que hablaba muy bien, por lo que le propusieron que se uniera a ellos. Tarcila se negó, pero ellos insistieron y trataron de llevársela. Finalmente, logró escabullirse del grupo, en medio de forcejeos y disparos. Cuando llegó a casa y le relató a su abuela lo sucedido, ella le dijo que ya no estarían seguras ahí y que debían esconderse. Desde ese día, Tarcila vivió en cuevas en las afueras de la comunidad, también se escondía trepándose en los árboles o tapándose con pieles de oveja.

Mientras tanto, la abuela, después de abandonar la casa por unos días, volvió a ella. Un par de veces los subversivos fueron a buscar a Tarcila a su casa, ella, que no estaba ahí pero que estaba en un lugar cercano desde donde podía

ver lo que ocurría, se asustaba, pensando que podían hacerle daño a su abuela. Una vez le dijeron: «¿Dónde está tu nieta, Tarcila?, nosotros queremos conversar con ella, queremos llevarla para que aprenda porque estamos en la guerra, estamos reclamando nuestros derechos». La mujer siempre negaba la presencia de la nieta diciéndoles que ya no vivía con ella, que se había ido a la ciudad. Hasta que un día decidió que ya no podían seguir viviendo escondidas, así, salieron disfrazadas una tarde de la comunidad con rumbo a Huamanga, la capital de Ayacucho.

Después de instalarla en una casita que compró, la abuela retornó a la comunidad con la promesa de regresar a Huamanga dos veces al mes para verla. Tarcila no se llegó a acostumar a la ciudad. Estaba estudiando en el colegio, pero extrañaba su pueblo. Al cabo de un tiempo, regresó.

Algunos meses después ocurrió el asesinato de la abuela de Tarcila. Un día la abuela, el tío materno y su esposa, que se encontraba con nueve meses de embarazo, viajaron a la feria de ganadería de una comunidad vecina. Tarcila los iba acompañar, pero decidió quedarse porque estaba cansada. Cuando llegaron a la comunidad donde se realizaría la feria ganadera fueron interceptados, torturados y asesinados. Los decapitaron y los arrastraron hasta el río. A su tío le colocaron un cartel en donde se leía «así mueren los soplones».

Tarcila se enteró esa misma tarde porque el camión que debía llegar con su abuela y sus

tíos se demoraba. Cuando finalmente llegó vio a una de sus tías bajar llorando, le dijo «mamacita, tu mamá ya no existe ya, ni tu tío, hijita, ya no existe» (sic). Tarcila se desesperó, se puso a llorar, no podía creerlo, se golpeaba la cabeza contra el piso. Al día siguiente, por la mañana, pusieron la denuncia en la Comandancia. Pidieron que los acompañen a recoger a los familiares asesinados, pero la policía se negó a prestarles su ayuda porque decían que era una zona muy peligrosa. Finalmente, ellos mismos alquilaron un carro y fueron, pero no encontraron nada, un niño campesino les indicó que los cuerpos habían sido trasladados la noche anterior a su llegada. La única prueba material que ella encontró de la muerte de su abuela fue una huella de sangre en la tierra.

Tarcila volvió innumerables veces a buscar los cuerpos de sus familiares, intentaba conversar con los pobladores, lloraba, quería que la escucharan, preguntarles si sabían dónde podrían estar, pero nadie aceptaba haber visto lo sucedido. Hasta que un día, 21 años después, llegó hasta la casita más alejada de la comunidad y ahí le insistió a una joven para que le contase lo que había pasado. Finalmente, la muchacha le contó que, cuando era chica, había escuchado del asesinato y sabía dónde habían escondido los cuerpos. La acompañó hasta el lugar y, efectivamente, en una grieta profunda encontró huesos de todo tamaño, suficientes como para pensar que se trataba del lugar de entierro clandestino de su abuela y sus tíos.

Tarcila le indicó a la joven que regresaría con un familiar para que le ayudase a sacar los restos, pero lo que hizo al volver a Huamanga fue ir a la oficina de la CVR en la ciudad para contar lo que había encontrado. Ellos enviaron a un representante de la Fiscalía junto con un representante de la CVR para identificar el lugar. Una vez identificado, lo cercaron con una cinta amarilla y regresaron a Ayacucho. Recién dos meses después volvieron todos para la exhumación, pero lo que encontraron no fue precisamente lo que habían hallado la primera vez. Quedaban muy pocos huesos y de los más pequeños. La frustración de Tarcila fue grande.

En este momento empezó la segunda lucha de Tarcila, ya no por la ubicación de los restos, sino ahora porque se hicieran los estudios necesarios para determinar si se trataba de los huesos de sus familiares. Después de meses de lucha y de exposición a los medios de comunicación (periódicos, radio), lograron confirmar, gracias a pruebas de ADN realizadas, que, de los restos encontrados, un hueso muy pequeño pertenecería a su abuelita y los demás a sus tíos. No se encontraron los cráneos ni huesos mayores. Finalmente, después de mucho tiempo pudieron velarlos y enterrarlos.

En este momento acabó su lucha personal, pero empezó a cobrar mayor importancia su labor en la asociación de familiares de desaparecidos a la que pertenece. Se dedica a visitar a las familias que viven alejadas y alcanzarles ayuda según sus necesidades. También

organiza actividades de asesoramiento en derechos de salud y otras similares. Sigue viviendo, ahora con su esposo e hijos, en la casa que la abuela compró para ella.

Una de nuestras visitas a la asociación a la que Tarcila pertenece, se dio en un contexto especial, un grupo de documentalistas peruanos estaba visitando la institución para hacer una serie de registros audiovisuales (fotografía y video) material que sería presentado primero a los miembros de la asociación y luego al público en el marco del aniversario por los 10 años de la publicación del informe final de la CVR. Tarcila, como siempre solícita ante este tipo de propuestas, participó en las actividades.

ANÁLISIS DEL CASO DE TARCILA

Consideramos oportuno resaltar que la presente ha sido una investigación cualitativa, esta nos permite una exploración menos restringida de nuestro objeto de estudio, enfatizando en el análisis y comprensión profunda de las características particulares de las experiencias de Tarcila. Se ha buscado explorar los distintos matices de su experiencia con respecto a la incorporación del recuerdo de lo vivido. Se ha priorizado la subjetividad y la particularidad del caso, entendiendo, además, que el material final es una construcción diádica que contempla la propia subjetividad de la investigadora (Banister, Burman, Parker, Taylor & Tindall, 1994).

Cabe señalar que el criterio para el análisis del material no fue un criterio clínico, sino teórico.

Se trata de una lectura a profundidad desde la teoría psicoanalítica de procesos relacionados entre psique y sociedad en los que se buscó, sobre todo, dar voz a una protagonista de la etapa de violencia que azotó al Perú.

De esta manera se intentó, principalmente, valorar su experiencia subjetiva de lo vivido, entendiendo que, en un análisis a profundidad de esta se podrían encontrar algunas claves que nos permitan tener luces acerca de la manera como el recuerdo y su elaboración son manejados para construir memoria. Esto nos permite esbozar algunas conclusiones que apuntan a una comprensión de la experiencia colectiva a partir de lo analizado en el caso particular de Tarcila. No se pretende realizar generalizaciones absolutas, sino, más bien, realizar un esfuerzo por comprender la realidad colectiva a partir del análisis profundo de lo individual.

LA CONSTRUCCIÓN DEL DISCURSO Y LA NARRATIVA DEL RECUERDO: EL DISCURSO REPETIDO, UNA HISTORIA VACÍA DE ELABORACIÓN

Entonces le digo a mi tía: «... ¿por qué lloras, tía? ¿Y mi mamá?» le digo; «Mamacita, tu mamá ya no existe ya, ni tu tío, hijita, ya no existe»».

El proceso de historización juega un papel importante al momento de elaborar una memoria de eventos traumáticos. Se trata de un primer paso que engloba componentes como el acceso a la verdad, pero, al mismo tiempo, una incorporación de esta verdad, una inscripción

de los hechos como realidad psíquica que permite dar sentido a la experiencia como parte de la novela personal. En el caso de Tarcila, si bien observamos un discurso amplio, cargado de detalles, consideramos que no se trata de una narrativa producto de la elaboración psíquica. Las razones para postular esta afirmación serán analizadas a continuación.

A Tarcila le cuesta mucho empezar a conversar sobre su experiencia. No porque tenga algún reparo en abordar esos temas o en compartirlos, sino porque no sabe cómo empezar a hablar sobre el tema.

Tarcila: No sé si quiere (que le hablé) de mi desplazamiento, o quiere también de mi persona, de cómo perdí a mi familiar.

Investigadora: Me imagino que la pérdida tiene que haber sido algo que a usted misma le ha afectado mucho.

Tarcila: Ah sí, bastante. Sí pues eso sí... Entonces, ¿de dónde empezamos?

Investigadora: De donde usted quiera.

Tarcila: ¿De qué quieres? ¿De todo?

Investigadora: Quiero saber, ¿cómo recuerda usted lo que le pasó?

Tarcila: Ah ya. Yo te voy a narrar desde el año 83. (Y empieza a relatar, con la voz queda y calmada de quien lee una historia.) En el año 83, todo era todavía felicidad en mi comunidad, vivíamos tranquilos todo... (sic).

Una vez empezado su discurso, este continúa casi sin pausas y sin necesidad de la intervención de la interlocutora. Sigue hablando por más de una hora casi sin detenerse, contando la historia completa y con detalles. A Tarcila le es difícil empezar el relato porque su experiencia no está integrada con el resto de su historia. Su relato de lo vivido durante el período de violencia no está insertado en una narrativa más amplia de su vida, no se observa una continuidad entre el pasado, presente y futuro, se trata de un hecho prácticamente aislado y es por esto que necesita una pauta para empezar a hablar de lo vivido.

Cuando ella pregunta acerca de qué queremos que nos hable, si de su *desplazamiento* o de la *muerte de su familiar* es casi como si preguntara qué *trozo de la memoria* es el que debe rescatar para narrar. Como si se tratara de un archivo de computadora que se encuentra guardado en una carpeta en la que lo único que lo conecta con los demás es el estar uno al lado del otro. Son hechos apartados del resto de su vida.

Veamos lo que menciona Connerton: «Recordar, entonces, no es precisamente recuperar eventos de manera aislada, sino que es llegar a ser capaz de formar secuencias narrativas significativas» (2003). Por lo tanto, podemos decir que lo que hace Tarcila no es *recordar* (con la carga elaborativa que este concepto conlleva), sino recuperar eventos de manera aislada.

Al terminar de contar su experiencia Tarcila recibió la visita de unos fotógrafos documentalistas

con quienes había acordado reunirse como parte de un documental que estaban realizando a la asociación a la que pertenece. A ellos les volvió a relatar su testimonio. Cuando regresó se la veía cansada, ella misma comentó que se sentía agotada y también «un poco triste por recordar». Pero, al mismo tiempo que cansada y triste, se la ve relajada, es recién en este momento que ella logra *dialogar* con la investigadora, habló de su trabajo, de su familia, hasta del clima. Consideramos que el hecho de hablar de su experiencia continúa significando para Tarcila una experiencia más similar a la de brindar un testimonio con la función catártica que esto implica (y nada más que eso).

Distintos autores como Hayner (2011) y Beristáin, Páez, Rimé, Kanyangara (2010) han escrito acerca de la sensación de alivio que se logra cuando una persona relata sus experiencias traumáticas. Pero, a la vez que genera tranquilidad, también puede aliviar los síntomas negativos relacionados con el trauma. Añadimos que esto sucede cuando se trata únicamente de un testimonio, no de un relato inserto en un proceso elaborativo. En el caso de Tarcila estos síntomas aparecen también, durante nuestra conversación y al final de esta.

En distintos momentos, mientras nos relata su experiencia, menciona que empieza a sentirse mal, «me duele el cerebro», dice. Incluso en este aspecto se observa que el dolor no está integrado a la experiencia. Se trata de síntomas somáticos que desplazan la pena y el

dolor que podría generarle hablar de lo vivido. Su discurso es más bien monótono y algo plano, las emociones que presenta, las inflexiones de su voz en los momentos más dramáticos de la historia, no van totalmente de la mano con la magnitud de su relato. Sin embargo, su cuerpo es el que habla por ella, del dolor psíquico que ha tenido que ser reprimido y trasladado a lo físico para que sea menos amenazante. Se trata de la activación de los síntomas negativos propios de un recuerdo sin simbolización.

Junto con su historia, ella nos muestra una foto de su abuela y una de su tío, además de una serie de fotografías, recortes periodísticos, el video de la exhumación y la filmación del velorio y entierro de sus familiares asesinados. Lo que hace es recurrir a retazos de la realidad histórica, necesita hacerlo porque es una manera de probar que la suya es una verdad creíble, objetiva, histórica, no ha logrado aún hacerla suya, dar el paso a verdad psíquica. Por otro lado, llama la atención que el relato de su experiencia que hace en el video sea exactamente igual al que acabábamos de escuchar. Casi con las mismas palabras y la misma secuencia y ritmo. Se trata de un discurso fijo, aprendido, repetido. No varía, es una foto más que saca del cajón para mostrar y guardar. Una historia que, a pesar de haber accedido a la palabra, es repetición, no elaboración.

Por lo mencionado, consideramos que Tarcila no ha logrado una resignificación de lo vivido, se ha estancado en una historia reconstruida,

mas no realizada (según la distinción que Cabral (2005) hace entre *reconstrucción de la historia y realización de la misma*), en donde la *Nachträglichkeit*⁵ no ha logrado modificar la realidad histórica para darle paso a una versión que tenga un sentido integrado con el resto de la historia de vida. Ante esta historia solo se nos plantea la posición de espectadores y no de co-elaboradores, ya que no existe algo que esté dispuesto para la elaboración.

Algo que llama la atención en la actitud de Tarcila dentro de esta dinámica es el interés que tiene en que su historia sea escuchada. Ella nos dice:

Yo quiero hablar de lo que viví, quiero que mi historia se conozca porque mi historia es verdad, no tengo nada que ocultar, son cosas que se tienen que saber. Tampoco tengo problema con que se use mi nombre verdadero, no tengo nada que ocultar.

De esta manera, ella está siempre dispuesta a brindar su testimonio para lo que sea necesario. Dos posibles hipótesis planteamos ante esto: la primera es que se encuentra constantemente en búsqueda de la función catártica de la palabra, ya que ningún otro alivio puede lograr en la medida que no se accede a la tranquilidad de la cura porque tampoco se propone una posibilidad de elaborar lo vivido. Entonces, su interés por contar su historia es lo que Todorov (1995) llamaría un rescate casi

5 Ver nota 3.

maniaco de la memoria, recordar para no olvidar, el culto de la memoria.

La segunda hipótesis tiene que ver con la posición del otro como receptor de su discurso. Tal vez el hecho de buscar constantemente volver a contar su historia tiene que ver con la búsqueda de alguien que en algún momento pueda hacer el salto de depositario del recuerdo a co-constructor de la memoria, encontrar los ojos de la madre que esta vez no solo contengan su discurso, sino que se lo devuelvan digerido, apto para su elaboración. De este aspecto particular de la posición del otro frente al discurso nos encargaremos en el siguiente punto.

EL LUGAR DEL OTRO CON EL QUE SE RECUERDA: EL OTRO COMO DEPOSITARIO DEL DISCURSO REPETIDO

Porque, en el momento de individualizar los restos, no encontré a mi abuelita. Vino la Defensora del Pueblo y cuando le entrevistó uno de los periodistas le preguntó: «¿qué pasó? ya que en el ADN figuran todos»; entonces dijo: «no sé qué quiere la señora, que yo fabrique gente», así respondió (y yo le dije): «¡Fabrica pues, fabrica a mi abuelita!».

En el caso de Tarcila, consideramos que, así como su discurso es un objeto más que da cuenta de lo vivido (como las fotos y los videos), el sujeto ante quien esto es expuesto ha sido cosificado. No se trata de un interlocutor capaz de influir en el relato y en el devenir del

mismo, sino de un depósito que recibe (y en el mejor de los casos contiene) pero no devuelve contenidos elaborados ya que es un discurso que no está dispuesto a ser modificado.

Como lo plantea Aulagnier (1991), cuando el *yo historiador* busca construir la historia, recurrir al *fondo de memoria* para encontrar aquellos recuerdos, experiencias primarias que le permitirán estructurar una narración coherente y continua. Dentro de este conjunto de recuerdos primarios de Tarcila encontramos un elemento que consideramos importante en la que será la manera de relacionarse con su experiencia de la etapa de violencia. Se trata de la primera pérdida de la madre, la madre biológica que cede su cuidado a la abuela materna. En el caso de Tarcila, esta es una situación especialmente importante debido a que su experiencia más importante durante la época de la violencia es la pérdida de la abuela, segunda figura materna que había suplido a la biológica.

Habíamos planteado que elementos del pasado que no se habían constituido inicialmente como traumáticos pueden ser resignificados y constituirse, a posteriori, como causas del trauma psíquico presente. En la historia de Tarcila, la primera pérdida de la madre (o la *pérdida de la primera madre*) no necesariamente se tendría que haber instaurado como un determinante para su vida psíquica, sin embargo, ante la muerte de su segunda madre (o la *segunda muerte de su madre*), la primera pérdida y sus secuelas se resignifican, se

reactivan y causan efectos devastadores en la psique de esta mujer.

Llegué a la casita (de una campesina del pueblo donde ocurrió el asesinato), empecé a llorar, me daba pena, cada vez que llego al pueblo tengo ganas de llorar. Entonces a la señora le dije: «mamita por favor en el año 84 le han matado a mi mamá y a mi papá, a mi abuelita –le dije– por favor yo quisiera saber dónde están ellos. En aquella fecha yo era jovencita, ahora ya soy adulta yo ahora estoy buscando no puedo estar tranquila, yo no puedo vivir normal, por favor; tú también eres madre, ¿te gustaría que tus hijos vivan así como yo?» Empecé a llorar.

Consideramos que esta pérdida violenta de la abuela activa en Tarcila el registro del recuerdo de la pérdida inicial, dando paso a la configuración del complejo de la *madre muerta* que plantea Green (1986): una madre que no puede ser representada ni como ausente ni como mala. En este caso, la ausencia real del cuerpo de la madre-abuela (desaparición del cadáver), da pie a esta imagen de la *madre muerta*, duelo inconcluso por la ausencia del cuerpo que, por un lado, constata la muerte y, por otro, pueda dar paso al símbolo de lo perdido.

Esta figura de la madre muerta en Tarcila es la que va a configurar su relación con el otro que entra en contacto con ella para rescatar su recuerdo. Postulamos que, en este caso, es ella misma quien le quita la vida a la mirada del

otro, la mata, repitiendo la muerte de su propia madre. Esta anulación de la mirada del otro se debe a sus propias dificultades para lidiar con una mirada que devuelva su propio material digerido y que construya, junto con ella, una historia resignificada que dé pie a la resolución de lo traumático. De esta manera, el círculo se repite, no es capaz de hacer un quiebre que le permita salir de este, el otro es usado como un depositario (nótese la elección de esta palabra y no la de contenedor) de su discurso evacuado. Los ojos del otro no son espejos que reflejan, son simples vías de escape para el discurso que deposita y se da a la fuga.

El trauma del asesinato de su abuela actualiza en Tarcila la pérdida de la madre que no se hizo cargo de ella.⁶ Este último elemento, no es identificado por ella como traumático y probablemente, de no haber ocurrido la muerte de la abuela, tal vez nunca hubiera tenido la connotación traumática que adquirió con esta situación. Inconscientemente, Tarcila esperaba que, así como la muerte de la abuela actualizara la

6 Esto nos remite al concepto de «trauma acumulativo» de Masud Khan. Si bien él desarrolla el concepto como resultado de las fallas en la función protectora de la madre frente a la amenaza de irrupción de aspectos potencialmente traumáticos, podemos extrapolar el término y determinar que, factores como la pobreza y la privación de las necesidades básicas, pueden generar también este trauma acumulativo en quienes los experimentan. Si a esto le añadimos que las poblaciones más golpeadas durante los años de violencia fueron los sectores con mayores deficiencias a nivel económico y social, entendemos que el problema de la violencia política en el Perú no es uno solo aislado del resto de su historia y debe ser abordado de manera integrada para poder revertir sus secuelas.

pérdida de la madre, el entierro de la primera le proveyese también de una resolución del trauma inicial, lo cual no se dio. Al parecer, la resolución de lo traumático inicial necesita su propio abordaje, en la medida que no se trata del mismo trauma, sino de uno actualizado. La superación del segundo no recae en la resolución del primero.

La función desobjetalizante en Tarcila, entonces, no solo recae sobre su discurso (exento de afecto, enajenado) sino que se orienta, a su vez, a desobjetalizar al otro con quien recuerda, proyectando en él a la madre muerta, impidiendo, de esta manera, que se convierta en un co-constructor de la memoria, en ese Otro que, nos dice Chemama (1996), posibilita con su relación la simbolización.

CONCLUSIONES

La relación entre el develamiento de la verdad, su recuerdo y la no repetición no es lineal y contempla una serie de procesos que deben tenerse en cuenta. Según nuestro análisis, para que una persona (o un país) pueda salir del círculo vicioso de la repetición de la historia, no solo hace falta conocer la verdad de los hechos. Incluso, en algunos casos, este conocimiento puede generar la ilusión de que se sabe ya lo suficiente y que no hay más que hacer con eso que se conoce. Nada más equivocado. El verdadero quiebre entre la repetición y la simbolización radica no en el acceso a la verdad, sino en la capacidad de apropiarse de lo vivido, asumir que se trata de la historia de uno

y no de un conjunto de hechos que se dieron de manera inconexa entre ellos, así como en la posibilidad de pensar nuestra propia historia más allá del trauma.

Pensemos en el caso de Tarcila, quien luchó durante muchos años por el develamiento de la verdad de lo sucedido con sus familiares desaparecidos. Sus esfuerzos principales giraron en torno a la ubicación de la fosa en la que yacían los restos. Esta figura de encontrar los cuerpos desaparecidos puede funcionar como una metáfora del acceso a la verdad de lo sucedido, tener la certeza, la prueba concreta de su muerte, lo cual es una necesidad frecuente entre los familiares de los desaparecidos (Díaz, 2003).

Sin embargo, la recuperación de estos cuerpos significaría la vuelta a la muerte real, mas no a la simbólica. Incluso nos atreveríamos a plantear que el ímpetu puesto en el acceso a este develamiento de la verdad como realidad física estaría funcionando no como un catalizador de simbolizaciones, sino como una actividad casi maniaca que lo que buscaría sería evitar la inmovilidad que remite a la muerte.

El símbolo aparece ahí donde hay un espacio vacío que llenar. El discurso de Tarcila, aun con su falta de elaboración psíquica del trauma, es, finalmente, significativa, palabra vacía, pero palabra, al fin y al cabo. Tal vez, la repetición del discurso de Tarcila esté permitiendo mantener su experiencia *viva*, esperando a que llegue el momento en que pueda empezar a

representarse, para luego ser elaborada y, finalmente, simbolizada, de modo tal que pueda ser integrada al resto de su historia de vida.

Lo mismo que planteamos para el aspecto individual puede ser mencionado con relación a lo colectivo, al país en su conjunto. Si considerásemos el informe final de la CVR como un punto culminante del proceso de reconstrucción de la memoria y no como el punto de inicio a partir del cual se debe empezar a elaborar la historia del país vislumbrando la manera como este episodio se inserta en nuestra historia nacional, estaríamos haciendo lo mismo que Tarcila, esperando tener el texto de nuestra investigación como *recuerdo*⁷ nada más, objeto que se recibe, se ve y se guarda, pero no uno que sirve para la elaboración y construcción de futuro.

El acceso a la verdad de los sucesos, entonces, no necesariamente garantiza la posibilidad de entender lo que pasó y, por lo tanto, la elaboración de su recuerdo. Si bien se trata de un paso importante, por sí solo no es suficiente para que el recuerdo se constituya en memoria. Así como el olvidar no es sinónimo de superación del trauma, el recordar tampoco es garantía de una elaboración de las vivencias. Puede tratarse de un recuerdo cargado de significantes vacíos de significados que no están cumpliendo

una labor de construcción de la memoria, en la medida que no tienen acceso a la representación simbólica del trauma.

La narración de la experiencia, el acceso a la palabra, no implica necesariamente una capacidad para la elaboración de la vivencia. Para que esto suceda, el discurso debe tener una continuidad dentro de la novela personal, el relato debe estar cargado de afecto y resignificado. En esta dinámica, el lugar del otro cumple un papel importante en la historización en la medida que es quien cumple el rol de co-constructor de la narrativa.

A pesar de haber transcurrido más de una década del fin del conflicto armado interno en el Perú, las personas que vivieron en carne propia los estragos de estos años mantienen el recuerdo de lo vivido *a flor de piel*. Al contrario de lo que comúnmente se piensa, el olvido no se da como producto del paso del tiempo; el olvido, en realidad, en casos como estos, *no se da*. Por lo tanto, es necesario que se continúe pensando en la necesidad de hacernos cargo de nuestra historia, elaborar el recuerdo para que sea algo que construya una memoria que esté puesta al servicio de nuestro futuro.

7 En un momento de nuestra conversación con Tarcila le comentamos que, al finalizar la investigación, volveríamos a reunirnos y podríamos incluso entregarle el material final, ante lo cual ella nos dice: «Sería bueno, para tenerlo de recuerdo».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**Aulagnier, P.**

(1991). Construir(se) un pasado. *Revista de Psicoanálisis APdeBA*, 13(3), 441-497.

(2003). *El aprendizaje de historiador y el maestro-brujo*. Buenos Aires: Amorrortu.

Banister, P., Burman, E., Parker, I., Taylor, M., & Tindall, C.

(1994). *Qualitative methods in psychology: A research guide*. Buckingham: Open University Press.

Beristáin, C., Páez, D., Rimé, B. & Kanyangara, P.

(2010). Efectos psicosociales de la participación en rituales de justicia transicional. *Revista de psicología / Pontificia Universidad Católica del Perú*, Vol. 28, no. 1 (2010), 9-35.

Boari, D.

(2010). *Historia, contratransferencia y resignificación*. Sociedad Argentina de Psicoanálisis. Recuperado de: http://www.cpsea.org/images/stories/EL_lugar_de_los_afectos_en_el_contexto_de_la_narrativa psicoanalitica_15.pdf

Cabral, A.

(2005). *De un pasado que condena a una historia que habilita*. Conferencia Internacional presentada en el Congreso Internacional Psychoanalytic Association (IPA), en Rio de Janeiro, en julio de 2005. Recuperado de: http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?pid=S167711682008000100014&script=sci_arttext#ast2a

Chemama, R.

(1996). *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.

Cohaila Ramos, E.

(2007). Las vicisitudes de la memoria en el Perú. *Debates en sociología*, No. 32, 19-30.

Comisión de la Verdad y la Reconciliación

(2003). *Informe final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación*. Lima: CVR.

Connerton, P.

(2003). *How societies remember*. UK: Cambridge University Press.

De León De Bernardi, B.

(2005). Narrativa y psicoanálisis: Alcances y límites de la palabra. *Revista uruguaya de psicoanálisis*, N.º 100, 170-202.

De Losada, M. E.

(2007). *Análisis de la controversia desplegada en medios de prensa respecto al informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación : avatares de una lucha pulsional*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Díaz, V. E.

(2003). Del dolor al duelo : límite al anhelo frente a la desaparición forzada. *Affectio Societatis*, N.º 9, 170-202.

Freud, S.

(1896). *Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires: Amorrortu.

(1914). *Recordar, repetir, elaborar*. Buenos Aires: Amorrortu.

(1915). *Duelo y melancolía*. Buenos Aires: Amorrortu.

(1920). *Más allá del principio de placer*. Buenos Aires: Amorrortu.

Green, A.

(1986). La madre muerta. En *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.

(1993). *El trabajo de lo negativo*. Buenos Aires: Amorrortu.

Herrera, L.

(2010). *Bases teóricas para un estudio psicoanalítico de la violencia y del poder*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Lemlij, M.

(1992). Ser psicoanalista en un país violento. En *Notas y variaciones sobre temas freudianos*. Lima: Sidea, 2005.

Pastor, C.

(2014). *Representaciones del conflicto armado interno en el Perú a través del cine*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Ramírez, I.

(2017). Una discusión en torno a la frontera moral y los límites del mandato de hacer memoria. En Corzo, S. (Ed.), *Ensayos sobre juventud, violencia y el horizonte democrático*. (156-171). Lima: Centro de Documentación e Investigación del LUM.

Spence, D.

(1984). *Narrative truth and historical truth: Meaning and Interpretation in Psychoanalysis*. Londres: WW Norton.

Todorov, T.

(1995). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.

Velandía, D.

(2018). La conquista de la conciencia: métodos confesionales y extirpación de idolatrías en la Nueva España y el Virreinato del Perú. *H-ART. Revista de historia, teoría y crítica de arte*, n° 3, 253-272.

Vich, V.

(2008). The symbolic as strategy. *Harvard review of Latin America. Win*, 57-59.

Vigil, V.

(2010). *A nosotros no nos visita nadie: psicoanálisis y violencia social desde una familia huamanguina*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.